

Desconexión moral y acción docente



Foto de Silvia Martínez Cano

Los seres humanos se comportan en la mayoría de las veces prosocialmente, según unos criterios morales asumidos por la sociedad en la que viven. No obstante, en ocasiones, prescinden de dichos criterios, infligen daño a otras personas y son capaces de seguir viviendo como si nada hubiera pasado. En este artículo se analizan, a la luz de la teoría social cognitiva, los mecanismos por los que estas acciones se realizan y se concreta la reflexión en la posible desconexión moral en el caso del profesorado.



Juan Carlos
Torre Punte



Universidad Pontificia Comillas
jctorre@comillas.edu

Los seres humanos actúan esencialmente, por un lado, para conseguir beneficios futuros y, por otro, para evitar problemas. Para ello, según la teoría social cognitiva (BANDURA, 1987), se proponen objetivos y elaboran planes de acción (pensamiento anticipatorio); llevan a cabo las acciones pertinentes para conseguir lo pretendido (autorregulación) y reflexionan sobre su propio funcionamiento evaluando si lo que hacen está en relación con sus deseos, sus valores y sus creencias. En general, las personas se manifiestan de acuerdo con los principios morales en una doble dimensión: proactiva, como cuando se esfuerzan por ayudar a otros y actúan compasivamente, e inhibidora, como cuando refrenan y no ponen en práctica comportamientos que son lesivos para los demás. No obstante, en ocasiones, los individuos pueden darse permiso para realizar conductas claramente transgresoras y perniciosas para los demás a la vez que disocian su comportamiento de sus criterios morales internalizados, en una suerte de exoneración temporal que les permite seguir viviendo sin mayor culpabilización por ello.

No hace falta espigar mucho en la historia para encontrar ejemplos de asesinatos en masa, de matanzas sistemáticas, de exterminio y de genocidio... En la memoria colectiva de todos destaca el Holocausto de 1939-1945, con más de diez millones de personas exterminadas en un sinnúmero de instalaciones para la muerte de las que Auschwitz-Birkenau, Mauthausen, Dachau o Treblinka son sólo algunos de sus principales exponentes. Más recientemente y quizá también más olvidados, otros conflictos sangrientos a manos de muy diversos grupos políticos, sociales y religiosos desvelan la persistencia de la acción inhumana en diversas zonas del mundo: Indonesia (1965), Bangladesh (1971), Camboya (1975-1979), Timor Oriental (1975 ss.), Ruanda (1994) y ya en el siglo XXI, Guyarat (India) o Darfur (Sudán) ponen de relieve que el ser humano perpetra inhumanidades con demasiada frecuencia (WALLER, 2008). En los últimos cinco años la guerra en Siria y sus



Entrada al campo
de concentración de
Auschwitz

consecuencias se han convertido en una llamada rutinaria a las conciencias: casi 300.000 personas muertas, siete millones de desplazados dentro del propio país y cinco millones más en otros países, campos para concentrar, acoger y retener a los refugiados, en fin, una situación que el papa Francisco ha calificado como “la catástrofe humanitaria más grande desde la II Guerra Mundial”.

Sin embargo, también en la vida cotidiana de los individuos es posible hallar actuaciones en las que se detecta una liberación total o parcial del control moral interno y una suspensión de los criterios morales para otorgarse la capacidad de obrar mal, perjudicando a otros. Veamos algunas concreciones. En cuestiones económicas, la aceptación del pago de facturas con dinero negro, la evasión de capitales, la ocultación del patrimonio o beneficios con el fin de eludir impuestos son acciones que, con independencia de su posible ilegalidad, tienden al provecho propio ocasionando un perjuicio a los demás, puesto que ello conlleva que se disponga de menor cantidad en los presupuestos, por ejemplo, para la mejora de las infraestructuras. En el ámbito laboral, la pérdida de tiempo en el trabajo, la baja intensidad en la ejecución de las tareas o la dilación en la respuesta a las demandas pueden estar afectando a los destinatarios de dichas realizaciones (una paquete que no se entrega en plazo,



un documento de autorización que no se pasa a la firma, un informe de obra que no se redacta...). En el área de las relaciones sociales también se identifican fácilmente ocasiones de desconexión moral: quedarse con una devolución de cambio equivocada y favorable al cliente tras la prestación de un servicio, colarse sigilosamente en el turno de la pescadería con el fin de ganar tiempo, adelantar una larga serie de vehículos parados por el atasco e incorporarse súbitamente a la derecha cuando ya está próximo el desvío y los coches circulan ya normalmente, ocultar información que se debe distribuir a un colectivo de compañeros de promoción porque de ello depende la obtención de un puesto de trabajo...

Estos hechos, de desigual gravedad y con afectación indistinta de colectivos e individuos, pueden ponerse en relación con lo que a nivel de intenciones también se expresa cuando se pregunta por opiniones o por cómo se actuaría en determinados casos. En una encuesta mundial llevada a cabo por la FIUC en 2014 (16.600 universitarios de 35 países distintos), los jóvenes estudiantes en universidades católicas consideran que *nunca* sería admisible copiar en los exámenes para obtener mejor nota (43%), engañar en el pago de impuestos (73%), evitar pagar un billete cuando se viaja en un autobús u otro medio de transporte (46%), mentir para defender intereses

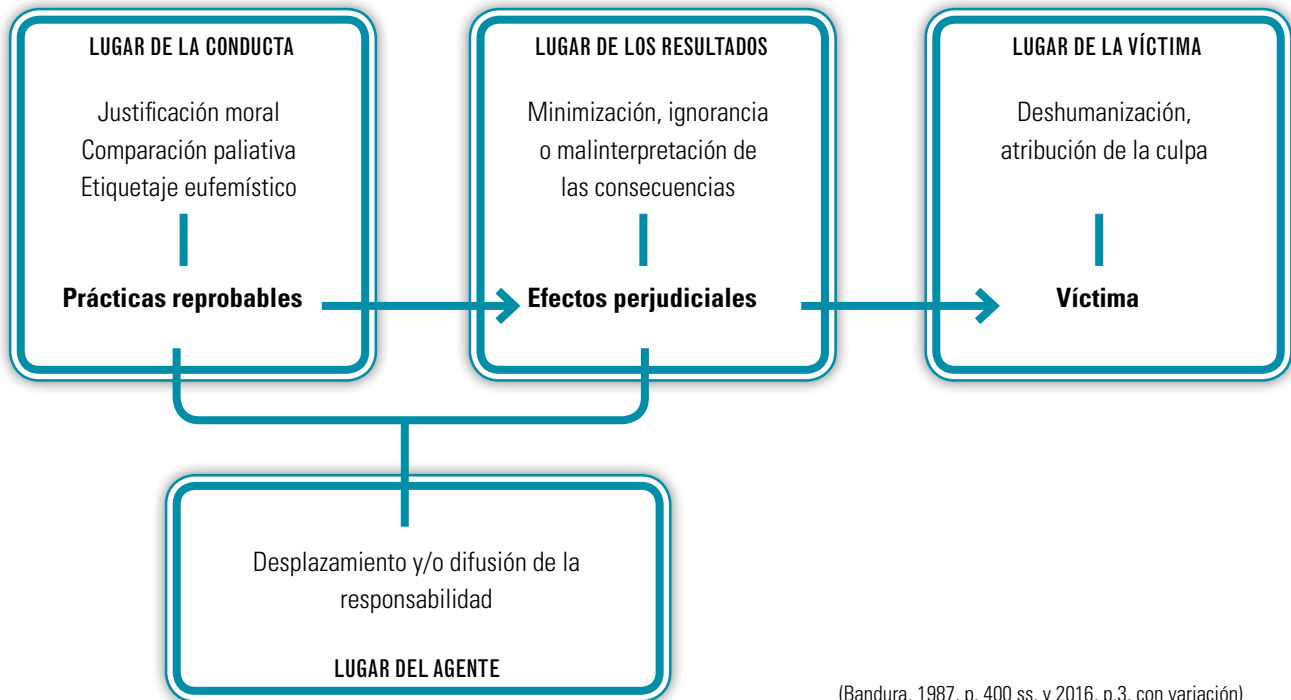
personales (39%), engañar a otros sobre uno mismo para obtener un beneficio personal (68%), apropiarse de algo que le han prestado porque a uno le gusta (76%) y, por no abundar en la relación completa, emborracharse intencionadamente (52%). Esto significa que los estudiantes universitarios justificarían con diversa frecuencia (*algunas veces, muchas veces o siempre*) estas conductas.

A lo que se ve, ni en las acciones ni en las intenciones, sea con carácter colectivo o en el modo individual, la perfección absoluta en el comportamiento moral es raramente alcanzable dada la condición humana y las circunstancias contextuales. Quizá sea exagerado decir que todos somos, en alguna medida, aunque sea pequeña, perpetradores de inhumanidad. El ser humano es capaz de realizar una desconexión selectiva entre la conducta nociva y las propias sanciones morales, algo que afecta tanto a las grandes acciones extraordinariamente inhumanas como a las actuaciones diarias de la gente corriente. ¿Por qué se dejan de lado los principios morales sin perder el respeto por uno mismo? ¿Cómo es que la gente inflige grandes daños a otros y puede seguir sintiéndose bien consigo misma? ¿Cuáles son los mecanismos que permiten esta desconexión?

Mecanismos de la desconexión moral selectiva

El psicólogo canadiense Albert Bandura (1987, 2016) ha desarrollado, dentro de su teoría social cognitiva y de los procesos de autorregulación personales, un esquema explicativo de los mecanismos por los cuales los individuos se permiten, en todos los campos de la vida, obrar mal causando daño a otros a sabiendas y seguir viviendo tan felices como si nada hubiera pasado. Su análisis se centra en cuatro lugares (la conducta, el sujeto agente, los resultados y la víctima) y explora ocho mecanismos que subyacen a la disociación entre conducta y estándares morales propios. Veámoslos en detalle.

En el *Lugar de la conducta*, el sujeto trata de justificar moralmente las acciones dañinas con muy diversos argumentos



(Bandura, 1987, p. 400 ss. y 2016, p.3, con variación)

que tienden a convertir una mala conducta en una buena manera de comportarse, frecuentemente diciéndose a sí mismo que los medios utilizados son necesarios para la consecución de un fin valioso (por ejemplo, la industria del tabaco continúa fabricando cigarrillos para evitar despidos). La comparación paliativa se emplea para exonerarse poniendo en parangón ventajoso lo que otros han hecho o hicieron en el pasado, por ejemplo, santificando una acción terrorista en la que hay cuarenta víctimas mortales relacionándola con todas las injurias históricas que se atribuyen al agredido. El etiquetaje eufemístico aprovecha el lenguaje para transmutar el verdadero sentido de los hechos por medio de una nomenclatura que no remite directamente a la crueldad ocasionada, por ejemplo, cuando el exterminio de los judíos se llama "solución final", cuando los muertos inocentes civiles en una guerra son simplemente "daños colaterales" o como el hecho de clasificar como "película de aventuras" lo que no es sino un baño de sangre en imágenes.

En el *Lugar del agente*, alguien puede actuar inmoralmente causando daño porque desplaza su responsabilidad hacia las autoridades que se lo ordenan, como en el caso de los ejecutores del exterminio judío que se absolvían a sí mismos por considerarse funcionarios que obedecían órdenes. En el caso de la difusión de la responsa-

bilidad, uno puede autojustificarse atribuyendo las acciones a las decisiones o intervenciones del grupo al que pertenece, como cuando alguien se escuda en que "ha sido toda la clase" para explicar un caso de abuso escolar o como cuando se recurre a que el "sistema" fuerza a la inmoralidad.

La manera habitual de desconectarse de los efectos perjudiciales del comportamiento nocivo, en el *Lugar de los resultados*, es la minimización, ignorancia o interpretación errónea de las consecuencias. Si la industria tabaquera sostiene que el daño en la salud de los consumidores no está probado o la industria en general afirma que la emisión de gases no afecta tanto a la sostenibilidad medioambiental, es muy probable que estén apoyándose en la minimización de las consecuencias de su actividad. Resulta más fácil llevar a cabo acciones de guerra si no ves directamente las muertes que causan los misiles que se lanzan o acosar por internet a un compañero si no lo tienes delante y se pueden no tener en cuenta sus reacciones emocionales al recibir el hostigamiento. Negar el impacto que la violencia televisada tiene en la transmisión, legitimización y promoción de las conductas agresivas puede ser una manera torticera de interpretar las consecuencias de ciertas series y películas.

Finalmente, en el *Lugar de la víctima*, es frecuente la propia exculpación que se basa en una consideración deshuma-



ÁGORA DE PROFESORES

- ↘ Es posible que la motivación por la enseñanza y la educación decaiga con el paso del tiempo en el que uno ejerce como profesor. De ser así, ¿a qué puede atribuirse este decaimiento? ¿En qué medida puede el equipo docente y la institución educativa pueden contribuir a mantener elevada la moral del profesorado?
- ↘ El poder de la humanización y de la compasión. Se ha visto que una de las formas de desconectar la conducta humana nociva de los estándares morales internalizados es considerar al otro como una cosa, como un número, como alguien desprovisto de la condición humana. A la hora de enseñar, ¿cómo conseguir que se vea en el otro un ser humano digno de ser respetado por su dignidad esencial de persona, con independencia de su apariencia física, su estatus socioeconómico, su origen geográfico o su pertenencia a un determinado grupo?

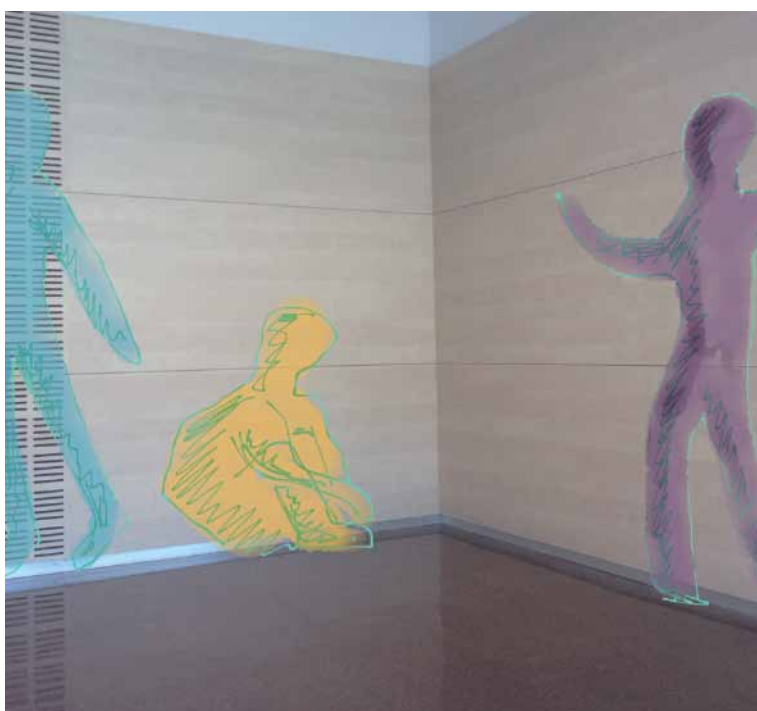


Foto de Silvia Martínez
Cano

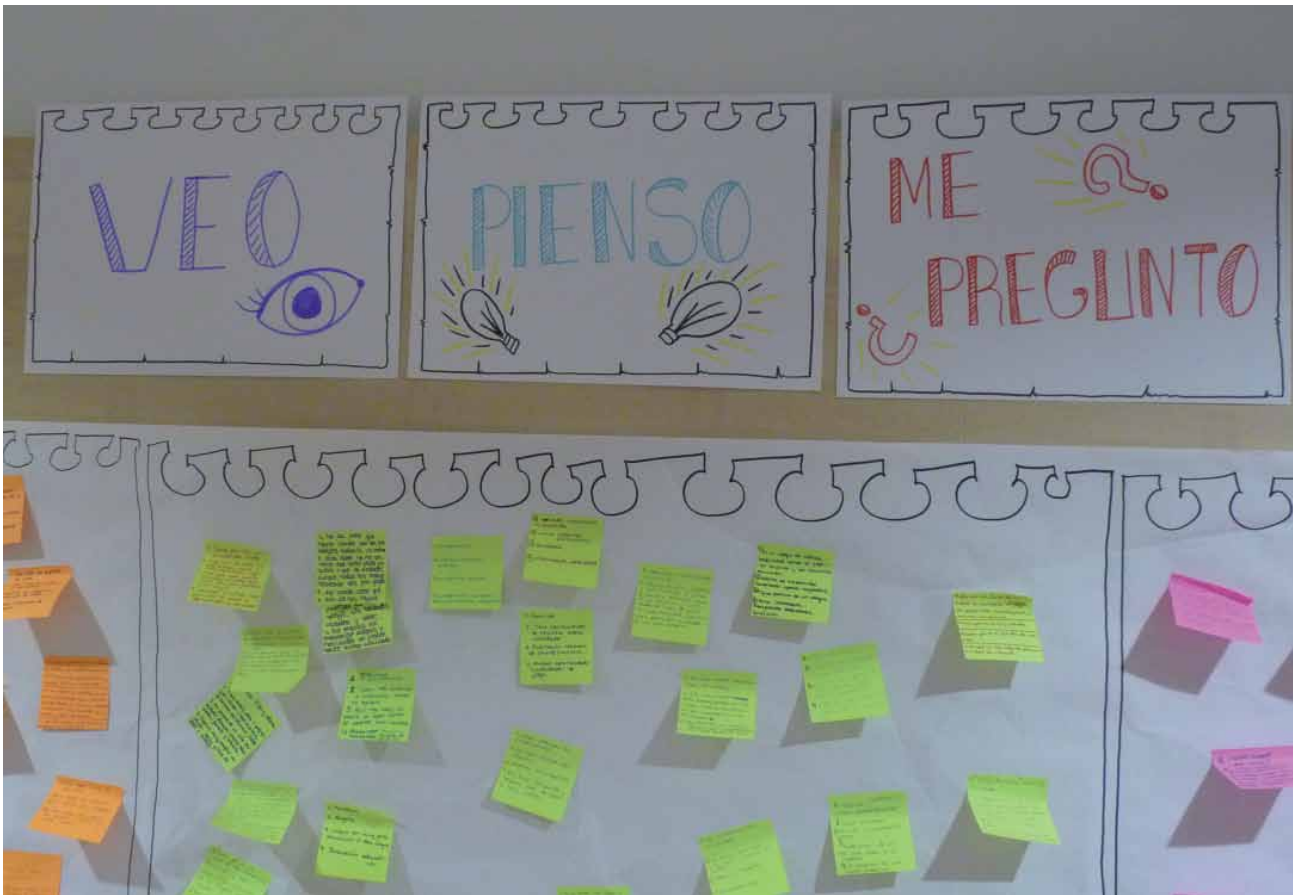
nizada del otro. Es difícil infligir daño a alguien que se percibe como ser humano igual a sí mismo y por el que se siente compasión y empatía, pero si alguien es concebido como “degenerado” y “salvaje” o no pasa de ser una “cosa”, entonces es más fácil permitirse ocasionarle perjuicios. La reificación de las personas y la degradación de su dignidad se presenta como el camino abreviado de la conducta inmoral. Además, cabe recurrir a la culpabilización de la víctima como argumento exonerativo. Esta atribución externa de culpa por parte del perpetrador tiene una doble función: por un lado, les exime internamente de su responsabilidad y, por

otro, hace que la venganza les parezca la respuesta correcta a una supuesta anterior “provocación”. Por ejemplo, se puede echar la culpa a la condición biológica de los fumadores o a sus hábitos no saludables de vida si tienen un cáncer puesto que no todos lo desarrollan; las productoras de televisión pueden responsabilizar a los espectadores de la abundancia de películas violentas argumentando que si ellos no las vieran, no se distribuirían o, por último, los terroristas pueden justificar sus acciones incriminando a sus víctimas en razón de estereotipos sociales, étnicos o religiosos.

Todos los mecanismos autodesinhibidores mencionados no suelen aparecer de repente, sino que la persona va transformando su conducta poco a poco, permitiéndose al principio actos susceptibles de escasa autocensura que van convirtiéndose cada vez más abiertamente en reprobables, con un cierto grado de automatización y de posible inconsciencia en las actuaciones.

Desconexión moral en la acción docente

¿Pueden el profesor novel y el experimentado sustraerse de la responsabilidad moral que conlleva ser educador? La desconexión de la moralidad, esto es, el autotorgamiento de permisos para actuar mal y hacer daño a alguien suele tratarse en la psicología social en relación con la comisión de actos graves y delictivos, pero también con acciones de menor gravedad. ¿Sucede algo semejante en la conducta docente? Resulta evidente que, en ocasiones, algunos profesores hacen dejación expresa de sus obligaciones educativas cuando desarrollan acciones delictivas o cuasi delictivas, que suelen tener mucha trascendencia social aunque no sean muy frecuentes. A veces, se convierten los procesos de enseñanza y aprendizaje en una actividad manipuladora, sea por la vía de una cierta simbiosis intimista con el alumnado que no permite su autonomía y crecimiento personales, sea por la vía del adoctrinamiento que no respeta la propia libertad del alumnado. Otras veces se ab-

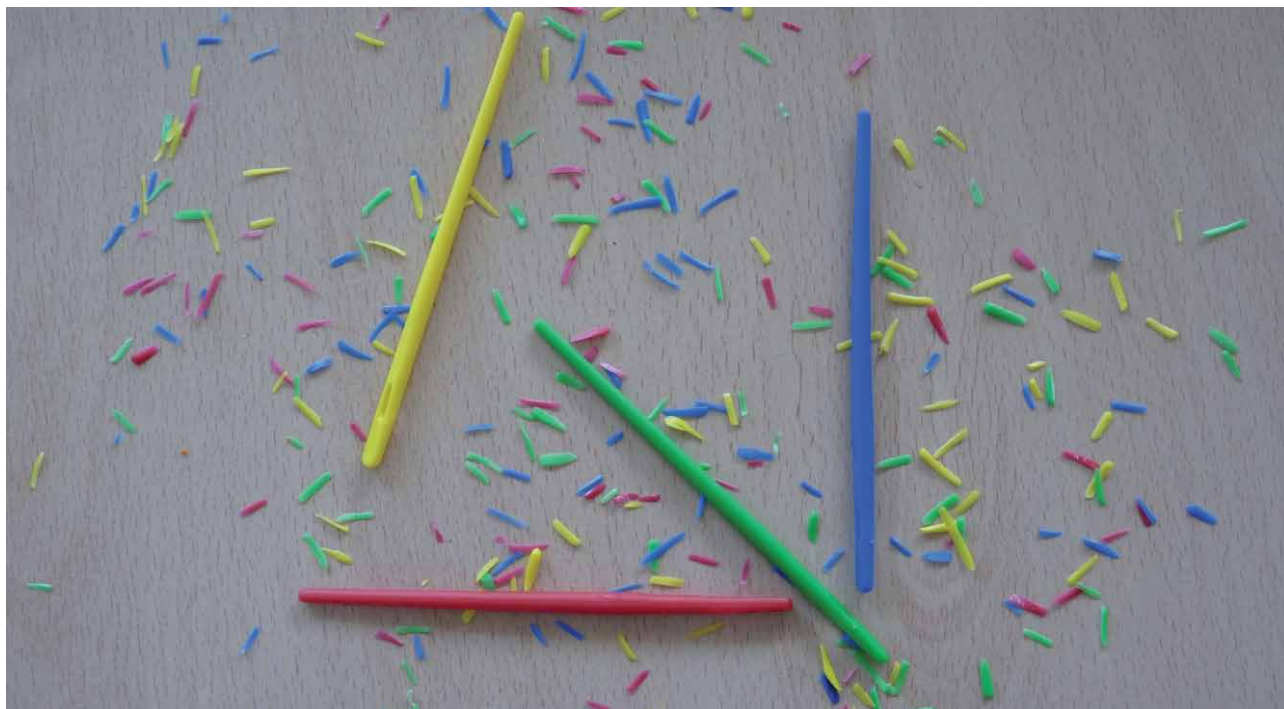


dica de educar a través del indiferentismo o la despreocupación, haciendo dejación expresa de la responsabilidad esencial. Estos podrían considerarse casos graves de desconexión moral.

No obstante, hay otro tipo de actuaciones de menor intensidad que pueden denotar una desconexión de la regulación interna del profesor para educar: la preparación inadecuada de las clases, la revisión superficial o inexistente de los trabajos y exámenes de los alumnos, el otorgamiento desajustado de las calificaciones, el menosprecio de los estudiantes, la falta de atención personal a quienes presentan dificultades, la desconsideración del ámbito familiar, el escaso rigor en la comunicación de los contenidos, la falta de finura en el trato personal, el mantenimiento de un bajo nivel de expectativas sobre lo que son capaces de aprender..., son manifestaciones de un desenganche moral en diverso grado de la esencia de la tarea educadora.

¿Cómo justificar las malas actuaciones educativas? En Educación se trata de conseguir fines nobles en las personas, como pueden serlo su máximo desarrollo y crecimiento personales. Es difícil cuestionar

que se trata de conseguir buenos fines, pero ello puede ser utilizado justamente para encubrir algunas acciones educativas (medios) que podrían no respetar al alumnado o causarles algún daño no necesario para su educación. "Es por su bien, lo hago por él/ella", pueden ser explicaciones de actuaciones quizá no muy "educativas". Caben también otro tipo de argumentos justificativos de algunas acciones docentes con cierta disociación de los criterios morales y educativos: "Ya lo aprenderán más adelante si les hace falta, total, para lo que sirve" (minimización de consecuencias); "Si es que son como burros, no se enteran de nada" (deshumanización); "A mí que me registren, no pueden dirigirse sólo a mí cuando todo el claustro hace lo mismo" (difusión de la responsabilidad); "¿Qué más da un concepto no bien explicado, si luego no se acuerdan de nada?" (atribución de la culpa al estudiante); "La vida es dura, ya se acostumbrarán a recibir malos tratos" (justificación moral de buenos fines con malos medios); "Que no se quejen, que en otros colegios todavía es peor" (comparación paliativa); "Si son ellos los que se están buscando el no



aprender nada y luego no poder colocarse" (atribución de culpa); "Si no cambia la ley, nada podemos hacer por ellos" (desplazamiento de la responsabilidad). Todas estas argumentaciones tratan de mantener la conciencia tranquila para poder operar.

El reverso de estas posibles actuaciones y justificaciones es la pasión educativa o si se prefiere, la pervivencia de la vocación por educar más allá de los ava-

tares y dificultades del día a día. Pero no resulta sencillo mantener elevada la motivación por educar con el paso del tiempo cuando las circunstancias de la actividad docente son persistentemente muy negativas. La profundidad y fortaleza de esta pasión, así como los apoyos de mantenimiento contextuales que reciba a favor o en contra, determinarán en qué medida los profesores jóvenes y los experimentados tenderán a manifestarse conductualmente acorde con sus principios morales y con la responsabilidad que conlleva ser educador. Con demasiada frecuencia la acción docente se ha percibido desde una óptica excesivamente individualista, pero la pervivencia del compromiso moral del profesorado requiere del esfuerzo de todos los integrantes de la comunidad educativa, especialmente de los compañeros profesores •



PARA SABER MÁS

BANDURA, A. (1987). *Pensamiento y acción*. Barcelona: Martínez Roca.

BANDURA, A. (2016). *Moral Disengagement. How People Do Harm and Live with Themselves*. New York : WorthPublishers.

FIUC (2014). *Las culturas de los jóvenes en las universidades católicas. Un estudio mundial*. Madrid: Centro Coordinador de la Investigación (FIUC). {<http://bit.ly/1W8VGfI>}

WALLER, J. E. (2008). The Ordinarity of Extraordinary Evil: the Making of Perpetrators of Genocide and Mass Killing, en O. Jensen y C. Szejnmann (Eds.). *Ordinary People as Mass Murderers. Perpetrators in Comparative Perspectives*. London: Palgrave Macmillan, pp. 145-164.



HEMOS HABLADO DE

Desconexión moral, proceso de enseñanza, actitudes del profesor, autorregulación, teoría social cognitiva

Este artículo fue solicitado por PADRES y MAESTROS en septiembre de 2015, revisado y aceptado en enero de 2016.